

21-0 2577

FACULTAD NACIONAL DE AGRONOMIA
BIBLIOTECA
MEDELLIN

REVISTA FACULTAD NACIONAL DE AGRONOMIA

DIRECCIÓN:

José V. LAFaurie ACOSTA — Jesús ATEHortua RAMIREZ

AÑO II — MAYO—JUNIO DE 1940 — VOL. II — NUMERO 6

Apartado aéreo N° 568.—Dirección Postal: Facultad Nal. de Agronomía.
Teléfono: 32-30. — Medellín, Colombia, S. A.

(Registrado como artículo de 2ª clase en el Ministerio de Correos y Telégrafos, el 8 de septiembre de 1939.—Licencia N° 648).

EDITORIAL

La crítica y las admoniciones juiciosas, son vías universales y necesarias para la salud de las naciones. Cuando están fundamentadas en la experiencia o se asientan en razones concretas, rechazarlas sin previo estudio es una insensatez imperdonable.

La lucha europea actual ha despertado nuestra conciencia y puesto a pensar a nuestros hombres de Estado sobre los problemas económicos que en la familia colombiana, planteará el nuevo orden de cosas que surgirá de este gran conflicto guerrero. Mientras los países que ven más próximo el peligro de ser enrolados en la contienda, estudian los puntos vitales de su defensa, el deber nues-



tro, en esta hora, es estudiar y resolver las modalidades de nuestra economía de producción y consumo, para poner a nuestro pueblo a salvo del hambre o de situaciones angustiosas.

El pesimismo por método, trae consecuencias más sanas que el optimismo candoroso, tan tradicional en nuestro medio. Nuestro arraigado espíritu democrático, nos hace mirar con melancólica amargura el ocaso del Imperio Británico, en cuyo hogar isleño se ha practicado por muchos siglos la libertad ampliamente. Con doloroso pesar contemplamos el derrumbamiento del Imperio Francés, por cuyo pueblo, el nuestro ha sentido una devota veneración espontánea.

El nuevo orden de cosas en la vieja Europa, nos coloca por primera vez ante un problema jamás planteado. Nuestro comercio exterior con el Viejo Continente es alrededor de un 45% en épocas normales y con Estados Unidos de un porcentaje superior. Pacificada Europa, cualquiera que sea el resultado de la contienda, la vieja estructura de fuerte raigambre burguesa-capitalista dejará de existir para entronizarse métodos más justos y equitativos en la distribución de los productos que armonicen la producción y el consumo, cuyo desequilibrio es la causa de todas las crisis mundiales, que agravan sin cesar la miseria de las clases campesinas y obreras de todos los países.

Si estudiamos la última crisis, cuya culminación en los años 29 y 30 tuvo como causa última la gran guerra del año 14, vemos que ésta marcó el punto inicial de declinación en las formas de la economía capitalista. A la terminación de la guerra vino un período de confusión y de caos. Mientras innumerables empresas se hundían en la ruina, surgían aventureros que de la noche a la mañana adquirían fortunas inmensas. El trastorno fue completo en la industria, en el comercio, en la minería, en la agricultura, en todo lo que era, en fin, fuente de riqueza. En

su marcha vertiginosa el capitalismo había sufrido un golpe de trágicas consecuencias. Convulsiones sociales, periodos de hambre, quiebras, incertidumbres políticas, advirtieron la desorientación económica hasta en los países de más sólidos recursos como los Estados Unidos de Norte América. Este país, centro de gravedad del comercio y de la industria mundiales, sufrió en las postrimerias del año de 1929 el azote de la crisis, que causó efectos desastrosos, sin precedentes en su historia. Miles de industrias, centenares de Bancos, se declararon en quiebra. Comenzó el cierre de las fábricas y la despoblación de los campos, consecuencia de la depresión de los mercados. La catástrofe trajo el derrumbamiento general y aparecieron en todas las ciudades americanas interminables columnas de cesantes.

La quiebra de la Banca americana vino a dar universalidad a la crisis y comenzaron los años de postración y de miseria. Las industrias redujeron en todas partes sus actividades. El comercio disminuyó en proporciones inquietantes, las monedas se depreciaron considerablemente y la desocupación pasó a constituir problema nacional de atención preferente en todos los países. Estados Unidos llegó a tener 14 millones de cesantes; Alemania de 5 a 6 millones; Inglaterra 2 a 3 millones; Italia millón y medio. Hasta en los pueblos más remotos tuvo influencia directa e intensa esta depresión económica que produjo tanta miseria y desconcierto.

Sin embargo, no fue esta una crisis de pobreza. No la determinó ni la falta de capital ni el debilitamiento de la industria. Fue una crisis de abundancia, fue la crisis de la riqueza. En su desbordada carrera de competencia el capitalismo había producido la saturación de los mercados. Millones de hombres morían de hambre en todos los rincones del mundo. No tenían abrigo ni alimento, mientras el trigo abundaba y los acaparadores de cereales quemaban grandes cantidades para mantener

los precios, mientras el café se lanzaba al mar en el Brasil y los almacenes de la industria estaban atestados de artículos de todo género.

Una vez producida la catástrofe, filósofos y sociólogos de todos los países no han vacilado en culpar al capitalismo de todo cuanto malo ocurre en el planeta, haciéndose con ello culpables de cien años de retraso en percatarse de los males que con anterioridad conocidos tratadistas habían previsto.

Como reacción y consecuencia lógica de la crisis, se produce en la vieja Europa un cambio radical en las instituciones de algunas naciones. Primero es Rusia, que adelantándose al fenómeno mismo, introduce modificaciones sustanciales en su organización, tratando de armonizar los intereses de la clase campesina encontrados con los de la nobleza terrateniente. Luégo Alemania da un vuelco total a su economía, adoptando prácticas que le hicieron posible liquidar grandes crisis interiores, al par que acumulaba el mayor volumen de material guerrero nunca visto en la historia de la humanidad. La sorpresa de los economistas ha sido superior en esta lucha, que la de los grandes estrategas de la guerra. Confiados en los viejos preceptos de que el oro gana siempre las batallas, se llevaron la mayor sorpresa al percatarse del fantástico gasto realizado por esa nación en preparar ese alud, sin tener el metal amarillo.

Las ideas anteriores nos llevan al nudo de la reflexión. ¿Permanecerán los Estados Unidos alejados de la contienda o intervendrán en ella y lograrán conservar su imperio y su estructura económica ilesas después del conflicto? Lo primero es posible, si los capitalistas se resignan a ver morir el Imperio Británico sin brindarle su ayuda de vidas; lo segundo es casi una utopía. Y aun admitiendo que los Estados Unidos permanezcan aislados del conflicto, los problemas sociales e industriales de la post-guerra, harán estremecer desde su base el meca-

nismo económico del imperio Norte-Americano.

Podrá competir la industria saxo-americana con obreros de un altísimo standard de vida, con producción libre y de frenética competencia interior, frente al nuevo bloque económico que contaría con casi todos los recursos de Europa y Asia? Alemania y el Japón, antes del conflicto y en los momentos mismos en que se desgastaban en la carrera armamentista más grande que hayan visto los siglos, reducían los mercados del coloso del Norte y muy especialmente en la América Hispana. Ganaban mercados con gran celeridad, pues nos daban sus productos con mayores facilidades y a precios más bajos. Por lo que respecta a este último país, los datos de la Contraloría General de la República nos indican que los productos japoneses resultarían con un costo de un 25% inferior a los similares que de cualquier otro país se recibían. Si esto era posible ayer, ¿cómo serán después las modalidades del "dumping"? He aquí el conflicto. El poderío bélico actual de los Estados Unidos y el fantástico que se prepara tendrá que enfrentarse al poderío victorioso de Ultramar para cerrarle el paso en su conquista de mercados y materias primas en este Continente, en gran parte inexplorado y de inagotables recursos naturales, obligándonos a deponer nuestra libre voluntad de comerciar, o tendrá que encuadrar su economía capitalista dentro de nuevos sistemas y entrar a buscar los mercados mundiales bajo la libre competencia y siempre protegido por su poderío naval. En semejante lucha sucederá lo que acontece en las grandes depresiones económicas del capitalismo: los poderosos pierden utilidades y algunos van a la ruina, pero el pueblo siempre, casi en su totalidad, pasa hambre. Mientras se resuelve esta posible lucha, ¿qué será de nosotros, satélites obligados de la economía norteamericana....? Si en la crisis mundial pasada observamos tantos casos dolorosos, ¿qué será de nuestro pueblo mientras se liquida la

lucha....? Pasará nuevas calamidades y hambres....?

* * *

Colombia es un país impreparado para esos acontecimientos. Nuestra economía no tiene el vigor suficiente para resistir a los vaivenes de un nuevo reajuste del mundo. País agrícola, y no tenemos para comer en el interior. El año pasado importamos 22.218.025 ks. netos de arroz; 4.563.747 de cacao en grano; 556.373 de frijoles; 5.554.468 de azúcares; 1.555.205 de harina de trigo; 7.052.059 de manteca de cerdo; 34.237.407 de trigo sin preparar; 104.491 de maíz; 41.587 de manteca vegetal; 830.721 de papas; y si incluimos los 6.720.605 kilos netos de algodón en rama, que es un artículo de primera necesidad, tenemos que estamos introduciendo 83.534.689 kilos netos de artículos de esa naturaleza y a un país como el nuestro, que se dice de agricultores. Incluyendo las legumbres, frutas, etc., el valor de las importaciones de productos agrícolas en 1939 ascendió a la cantidad de 92.135.125 kilos netos, lo que arroja un porcentaje sobre la importación total del 17.55% y por un valor de \$ 12.333.278. Al incluir los \$ 4.024.568 gastados el año pasado para abastecernos de animales y sus productos, tenemos que en dicho año, gastamos para subsistir \$ 16.354.768, lo que representa el 18.7% del valor de nuestra exportación de café en el mismo año.

Es urgente hacer una amplia propaganda interna sobre esta intolerable sumisión a que está sometido el esfuerzo colombiano y el cual podría aumentar su bienestar material produciendo esos elementos en nuestro suelo. Hay que poner al país en capacidad de producir ese 17.5% del total de nuestra importación, para prevenir males incalculables que puedan sobrevenir por causa de este caos. El Estado no puede ahorrar ningún esfuerzo para colocar la industria agrícola en el primer plano de

nuestras actividades. Los sacrificios fiscales en bien de la economía general de la nación es táctica salvadora. Lo primordial es la prosperidad del pueblo. La campaña inmediata para atenuar los males que la guerra pueda hacer entre nosotros, es cubrir ese déficit injustificable de nuestra economía, libertarnos de ese peso. Los esfuerzos del gobierno para conseguir este bienestar son encomiables y el país tendrá que vincular su gratitud al ver convertido en realidad ese anhelo de liberación económica. La autarquía agrícola se impone, es inaplazable.

Son incalculables los beneficios que acarrearía al país el cierre de ese escape de nuestro trabajo. Hacer hincapié en esto, no es necio y podría afirmarse que un plan estatal que aspirara enfocar los esfuerzos del Estado para lograrlo en un plazo reducido de años, lograría todo el respaldo nacional.

Los decretos del ejecutivo sobre créditos agrícolas, restricciones aduaneras para algunos productos, localización de zonas agrarias para la intensificación y nuevas explotaciones, etc., constituyen el paso más acertado de los últimos tiempos. Pero cabe preguntarnos: ¿responderá el aumento de \$ 7.000.000.00 al capital de las instituciones agrícolas de crédito para estimular la producción urgente de esos artículos, conociendo la índole de nuestro pueblo sobre el uso del crédito....? En todo caso, estas medidas constituyen el comienzo para una rectificación o mejor dicho, para una solidificación de nuestra economía, dependiente actualmente de la producción cafetera, cuyo via-crucis ha repercutido tan intensamente en todos los hogares colombianos.

Este contrasentido en la producción agrícola del país consistente en que innúmeras familias se dediquen con invaluable afán a producir más de ochenta millones de pesos que representa la exportación del café para que del extranjero nos manden más de diez y seis millones

de pesos representados en artículos de consumo inmediato, sin que al país ni a la población que se desgasta descalza y anémica le queden bienes de capitalización, es una locura de magnitudes desastrosas. El país no sacará del esfuerzo de nuestros cafeteros los rendimientos necesarios para elevar el standard de vida de esas masas campesinas ni conseguirá darle a esas masas carentes de todo, determinadas comodidades materiales, mientras se sigan filtrando esos valores, de fácil producción en nuestro suelo.

El equilibrio de nuestra economía consuntiva es la mejor política cafetera que se puede emprender. Mientras subsista esa inconsecuencia y aun cuando los mercados del café en el exterior ofrezcan los mejores precios para nuestro grano, el pobre productor estará condenado a la miseria, como lo ha estado hasta ahora, pues esa gran industria muy poco le reporta a quienes la sostienen con su bregar diario. Es una verdad incuestionable que del bisabuelo hasta los biznietos, cuyas vidas, al par que las de sus familiares, han estado pegadas al café, sólo han conseguido deudas, escaseces infinitas, anemia tropical y paludismo.

La guerra es mal repugnante. Sin embargo, el país puede sacar sus beneficios de ella al rectificar los caminos por donde transita. La crisis a que someterá al país la industria cafetera cuando se relajen más los mercados de Estados Unidos, debido a la posible lucha, o a la transformación de su estructura económica, obligará al país a buscar nuevas fuentes de riqueza, nuevos productos que refuercen esa exportación cuyo volumen —que es decir trabajo humano— ha aumentado visiblemente, no correspondiendo a ese mayor volumen ningún aumento en el valor monetario recibido, sino por el contrario una disminución inhumana, si se exceptúa la reacción favorable de 1934. Ha habido extorsión, no sólo con los labriegos que producen el café, sino con el pueblo en gene-

ral, pues el grano es el termómetro de nuestra vida material. La menor oscilación de su precio repercute desde el Cabo de la Vela hasta la Amazonia.

Los grandes temores que la guerra suscita en nuestro ánimo, se basan en este orden de ideas. Pensar en este pobre pueblo, que vive una vida infima, primitiva; pensar humanamente en él, en estas horas de incertidumbre, y tratar de resolver su destino, es no sólo hacer patria, sino un acto de simple humanidad. ¿Qué sería de él, si confiado sigue luchando sobre el surco para producir un café depreciado y que aún puede llegar a un colapso total....? ¿Qué sería si el oro, segundo renglón de nuestra exportación, pudiera convertirse en un metal cualquiera?

Estos interrogantes tienen para nosotros tanto poder de destrucción, como los torpedos y las bombas que minan actualmente grandes imperios. El país tiene conciencia que el gobierno vela actualmente sobre estos graves interrogantes. Preparar el país y darle todos los medios materiales indispensables para resistir esos embates, es la campaña del momento.

Toca al actual Congreso legislar en el sentido de colocar a la industria agrícola en condiciones de privilegio, a fin de incorporar en ella nuevas fuentes creadoras. Créditos sin trabas, rebaja de impuestos, restricción aduanera, y negación rotunda a toda obra suntuaria. La movilización general del trabajo es la consigna para sortear en el futuro, horas de incertidumbre y desesperación.

